LA MUERTE DE MISHA BEAUTIFUL, DE SLAVA MOGUTIN

Traducción de Pedro Javier Ruiz Zamora

No hace mucho, unos amigos de Moscú vinieron a Nueva York y me dieron una noticia que me dejó helado: habían matado a Misha Beautiful en la cárcel. La historia de su corta vida estaba impregnada del espíritu de Jean Genet, William Burroughs, Rainer W. Fassbinder o Gus Van Sant, y podría servir de inspiración para un libro o una película. Su nombre no apareció en las noticias. De hecho, nadie supo su verdadero nombre ni su edad. Dijeron que en el momento de su muerte tenía diecinueve años. Las necrológicas no informaron de su fallecimiento y, por desgracia, nadie escribirá sobre él. Excepto yo.

No había fiesta con drogas y música en la que no estuviese Beautiful. Era una de esas exóticas criaturas de la noche, uno de esos chicos que caldean el ambiente en cualquier capital del mundo. Aquí, en Nueva York, los llaman *club kids* o *party kids*, los chicos de la fiesta.

Nos conocimos en el concierto de Michael Jackson en el estadio de Luzhnikí, al que fui con Vladik Monroe, que tenía entradas gratis. Está claro que si hubiese tenido que pagar, no hubiera ido a ver a ese *freaky* americano. Allí había una increíble cantidad de policías, y uno de ellos mostró un agresivo y desmedido interés hacia mí después de pillarme vomitando en un área restringida. Tan solo mi acreditación de prensa me salvó de sus obsesivas intenciones. En las puertas del recinto, los agentes registraban meticulosamente a todo el mundo. Monroe, emocionado, hizo la cola tres veces para prolongar la diversión.

El concierto fue un desastre y el tiempo, horrible: llovía y el agua le llegaba a la gente por los tobillos. Misha se acercó y nos pidió fuego. En Píter –nombre coloquial de San Petersburgo–, había intentado ligar con Monroe en bastantes ocasiones, e incluso parecía que estaba enamorado. No sé qué pasó entre ellos, pero Vladik me dijo que era mejor que nos escondiésemos de él.

Monroe se marchó con su séquito y yo me quedé bajo la lluvia con Misha, que estaba colocado y parecía tener serias dificultades para entender lo que ocurría a su alrededor. En realidad, nunca llegué a verlo sobrio, en un estado normal; sus pupilas siempre estaban dilatadas. Misha era el claro ejemplo de adolescente que había crecido demasiado rápido: alto, muy delgado, con rasgos aññados, largas extremidades, y pecho y hombros todavía sin formar. Era verdaderamente guapo, con su rostro infantil, ingenuo e inocente, sus grandes ojos e interminables pestañas, su pelo corto, su gorra de béisbol hacia atrás y sus pendientes en las dos orejas, en la nariz y en las cejas (¡a mí siempre me dieron pánico las perforaciones!).

Tartamudeaba un poco y hablaba con un ligero ceceo, y su discurso estaba lleno de palabras inglesas adaptadas al ruso. Era un diccionario andante de la lengua más divertida y banal, con expresiones que solo utilizaba él y solo entendíamos los amigos más cercanos. Su cabeza era un completo caos, saltaba de un pensamiento a otro y su forma de hablar recordaba a un flujo de conciencia al estilo de Joyce. Yo admiraba sus historias y fantasías, me parecían un buen material para unas obras absurdas que todavía nadie había escrito.

Después del concierto, tenía que volver a Píter. Compramos una botella de vodka en un quiosco cerca del metro y nos la bebimos allí mismo, acompañada de unas inmundas salchichas. Por un momento, cuando estaba totalmente ebrio, me mostró una inesperada ternura. Borracho, se transformó en una dulce niña, se enroscó en mi espalda, me cogió la mano y me la besó, y luego me agarró el paquete y me susurró al oído, excitado: “¡¡¡GUAU, QUÉ GRANDE!!!”. Nos abrazamos, nos restregamos y nos besamos como animales salvajes y lujuriosos, fríos y mojados por la lluvia. Los viejos alcohólicos que estaban a nuestro alrededor nos miraban con asco y sorpresa a la vez.

Cogimos el último metro y fuimos a parar a un vagón vacío, donde nos tumbamos en los asientos y continuamos acariciándonos y besándonos. Me desabrochó los pantalones, metió su mano y comenzó a menear y a admirar mi miembro. Justo cuando se lo iba a meter en la boca, entraron dos georgianos. Por su reacción, comprendí de inmediato que nos hubiesen matado allí mismo si no hubiéramos salido a tiempo, un segundo antes de que las puertas se cerrasen. Cuando lo acompañé al tren, nos despedimos como si fuésemos novios de toda la vida, aunque en realidad nos habíamos conocido tres horas antes.

Él me llamaba constantemente y algunos días llegaba a dejar hasta diez mensajes en el contestador con su celestial forma de hablar. Solía decirme lo mucho que me quería, que pensaba en mí a todas horas, que necesitaba verme, que estaba mal sin mí, que había decidido quitarse la vida, que se había atiborrado de setas alucinógenas y pensaba que iba a morir, que había conocido a una chica y se imaginaba que yo le hacía a él todo lo que él le estaba

haciendo a ella. Por aquella época yo ya era un periodista conocido y recibía con regularidad llamadas y cartas de repentinos admiradores. Pero Misha era diferente: él no sabía a qué me dedicaba ni tampoco que era famoso, y no mostraba el menor interés por este asunto. De hecho, yo estaba seguro de que no había leído ni uno solo de mis artículos –si es que sabía leer–. Con el tiempo se convirtió para mí en una fuente de inspiración. En el poema pornográfico que le dediqué, *Al Abordaje*, escribí los siguientes versos:

*Y ese chico, con su gorra de béisbol,
Y su cuerpecillo delgado
Bebe y traga como un dios
Y nadie lo puede igualar*

Los padres del bello Misha eran gente conocida y respetada en Píter. Al parecer, el padre era el director de unos importantes grandes almacenes. Y como solía suceder en las buenas familias soviéticas, el chico había tenido una adolescencia “difícil” y “problemática”: me contó que había ejercido la prostitución en los alrededores de los hoteles de Intourist, donde se reunían los maricas a la caza del extranjero. Misha y sus amigos chaperos contribuían periódicamente a la cura de esos maricones: los seducían y les quitaban el dinero, el reloj, las joyas... Misha no se consideraba a sí mismo un maricón.

Por otra de sus historias supe que de niño se cayó por una escalera y sufrió una fuerte conmoción cerebral. Por lo visto, esa era la causa de su manifiesto retraso mental. Yo era dos años mayor que él, pero me parecía que nos separaba una diferencia de edad abismal que hacía de nuestra relación un diálogo ininteligible, excepto cuando su boca se mantenía ocupada. Tenía la mentalidad de un niño de cinco años que solo se preocupaba de dos cosas: la fiesta y las drogas. Y por supuesto, de sus caros y bonitos trapitos. Siempre iba espectacular y a la última, y gracias a eso se convirtió en un personaje de moda, un elemento decorativo de las fiestas de Moscú y San Petersburgo. Ni sabía ni quería trabajar, y cuando se le acababa el dinero de sus padres, robaba o mendigaba a sus conocidos, muchos de los cuales, a cambio, lo usaban como chapero. Si alguien intentara enumerar a sus amantes, o a sus parejas fugaces, seguramente saldría una larga lista de nombres, entre los que habría no pocos famosos. El sexo fue el único trabajo que tuvo Misha, y lo tenía todo para haber sido un exitoso gigoló (que, a diferencia del prostituto, no solo trabaja por dinero, sino que puede vivir una temporada con sus clientes maduros y presta servicios de compañía y escolta cuando estos salen a la calle).

Misha no tenía carácter ni fuerza de voluntad, y por eso, como cualquier otra oveja del rebaño, necesitaba a la gente mayor. Cayó en el círculo de Timur Novikov, padrino de la escena artística *underground*, y fue estudiante de su Nueva Academia de Bellas Artes. Según el mismo Timur, uno de los principales criterios para la admisión de sus alumnos era su atractivo físico. Al igual que otras hermosas criaturas, Misha pasó con éxito el *face-control* y se convirtió en discípulo de esta incomparable escuela, en la que planeaba el vicioso espíritu del barón Von Gloeden y de Oscar Wilde. Los chicos de Timur se desnudaban unos a otros con naturalidad, se fotografiaban en trajes de época y posaban en los tejados o en la misma Academia, una gran *comunalka* donde en una de las habitaciones colgaba desde el techo hasta el suelo un atlas de un simbólico color azul celeste.

Timur –Misha lo llamaba “Respetable Timur Petrovich”– fue para él, durante un tiempo, un auténtico mito y autoridad. En una ocasión, y a pesar de su indudable talento organizativo y de su sentido del deber con los jóvenes –digámoslo así–, se propuso alejar a Misha de su forma de vida. Las Bellas Artes, sin embargo, le interesaron menos que las drogas y la fiesta. Timur Petrovich intentó devolverlo a la senda de la belleza, pero todos sus esfuerzos fueron en vano.

Misha me dio una gran sorpresa presentándose en Moscú durante el golpe de Estado de octubre de 1993, en un momento realmente crítico. Debía de ser la única persona en el mundo que no se había enterado de lo que estaba sucediendo. No llevaba consigo su documentación. Me telefoneó desde la estación. Tenía un buen puñado de conocidos en Moscú, pero me llamó justo a mí, ya que, según decía, había venido solo para verme. Sentí un cariño especial por él y, dejándolo todo, cogí mis acreditaciones de prensa y fui a recogerlo –mejor dicho, a salvarlo–.

La tarde anterior, Monroe había sido arrestado por pasear por la ciudad sin su documentación y por fotografiar a los tanques en situaciones comprometidas para su revista *Yo*. A Vladik y a un amigo les tuvieron toda la noche en el calabozo, y eso era mucho mejor que lo que le podría pasar a Misha. No sabía qué hacer con él ni a dónde llevarlo. No le podía meter en casa, ya que allí estaba mi amante, un histérico y celoso patológico que podría, tranquilamente, en el transcurso de un ataque, matarme a mí, matar a Misha, matarse él o matarnos a todos de golpe.

Cuando se enteró de que en Moscú estaba ocurriendo algo horrible e incomprensible, Misha cayó en un estado de dulce excitación y se empeñó en que lo llevara a la Casa Blanca. Y, he aquí lo más asombroso, consiguió convencerme.

Por todas partes, allí donde alcanzaba nuestra vista, se sucedían amenazantes francotiradores agazapados, silbaban las balas perdidas y nuestros niveles de adrenalina superaban los límites que el Ministerio de Salud podría considerar admisibles. La gente, enloquecida, corría por las calles con los ojos fuera de sus órbitas y todo lo que pasaba alrededor era para nosotros una emocionante aventura. Como adolescentes sin casa propia, obligados a mantener relaciones sexuales en lugares públicos (eso ahora está de moda en Occidente, pues hay una gran cantidad de representantes de la llamada “juventud dorada”, tipo John Fitzgerald Kennedy Jr.), nos ocultábamos en callejones y patios, y Misha aprovechaba cualquier oportunidad para, en cucullas, bajarme los pantalones y relacionarse cara a cara con el objeto de su deseo. Nos pillaron varias veces, pero en aquel momento tan caótico nuestra vergüenza no produjo ninguna reacción especial. –¡Maricones, a las barricadas!–. Y así pasamos aquella catástrofe. De aquella vivencia conservo una morbosa predilección por el sexo en escenarios bélicos, y entiendo perfectamente por qué los disparos, la guerra y la ocupación son descritos y mostrados con nostalgia en las obras de Jean Genet, Liliana Cavani, Tom de Finlandia y otros.

Escribo sobre Misha con tanto detalle, recordando todo lo que sé sobre él, porque ya no está en este mundo, y me excito ante la avalancha de fantasías necrófilas y crueles que se me vienen a la cabeza. Sé que esto es un sacrilegio, que de los muertos, o se habla bien o es mejor no decir nada, pero describo a Misha tal y como era, para que todos sepan que fue tierno y exótico, una delicada florecilla, un inadaptado, un muchacho poco preparado para la vida. Era un ser condenado. La desgracia planeaba sobre él y era fácil darse cuenta de ello. Yo lo sabía, lo sentía, y más de una vez intenté hacer algo que pudiera cambiar su destino. Pero no estaba lo bastante cerca. Yo tenía mi propia vida, a la que él se asomaba de vez en cuando. Nos veíamos periódicamente y hacíamos el amor, él siempre estaba por allí y pensé que siempre estaría. Mientras yo me movía por Moscú y cambiaba de casa y de amantes, Misha se las apañaba para encontrar mi número de teléfono y llamarme, surtiéndome de historias para la obra de teatro que tenía en mente y enfadando a mis novios celosos.

El 12 de abril de 1994, el día de mi vigésimo cumpleaños y de mi legendario intento de registrar en Rusia el primer matrimonio entre personas del mismo sexo con Roberto, mi novio americano, la fantasmagórica silueta de Misha apareció de repente entre la multitud de reporteros, fotógrafos, cámaras y micrófonos. Como es sabido, nuestro matrimonio no se llegó a registrar, pero lo que nos importaba por aquel entonces era hacer mucho ruido, que se enterase todo el mundo, y tuvimos que armarnos de valor para afrontar el maratón de interminables sesiones fotográficas y entrevistas. Igual que en el caso del golpe de estado, Misha era probablemente la única persona del planeta que no sabía nada al respecto. Sorprendido, entornó los ojos y frunció el ceño, sin entender quién se casaba con quién y el porqué de tanto alboroto.

Yo no encontraba ni el momento ni las ganas de explicárselo o de ocuparme de él, así que le presenté a P., un joven atractivo, periodista en ciernes, de gran corazón y con la cabeza bien amueblada. Antes de eso, P. y yo habíamos tenido algún que otro asunto –siempre por iniciativa de él, aunque P. solía cortar por lo sano e intentaba sermonearme sobre mi “vicioso” estilo de vida–. Yo sabía que a Misha no le iba a importar irse con otro y, de hecho, se fue obedientemente con P., tal y como le había ordenado.

Tras la fiesta nupcial en casa de Roberto, P. se llevó a Misha a un piso que había alquilado, aunque vivía con sus padres. Después de dormir con él aquella noche, P. se marchó, no sé si al trabajo o al instituto, dejando a Misha en casa y en poder de la única llave que disponía del apartamento. Le prometió que le conseguiría un carné de prensa para que pudiese acudir a los eventos culturales de la ciudad. Pasó más de un mes hasta que el con fiado P. pudo sacar a Misha de allí y recuperar su llave. En ese tiempo tuvo que pagar por un piso al que no podía entrar, mientras que Misha convertía el lugar en un refugio para drogadictos, no respondía a las llamadas y evitaba al ingenuo P. Le esperaban todavía más sorpresas al pobre P., como la factura de teléfono que le trajo el casero por las llamadas nacionales e internacionales de Misha –seguramente, había dejado infinidad de mensajes en los contestadores de sus amantes–. “Yo quería ayudarle, sacarle del fango”, se quejaba después P., cuyas mejores intenciones se habían visto traicionadas.

Coincidió con Misha unas cuantas veces en distintos bares, pero estaba ya tan pasado que apenas me reconocía. Su conversación consistía en una sarta de interjecciones sin sentido, similar al incomprensible futurismo del poeta Aleksey Kruchenykh. Después, Misha desapareció del mapa. De vez en cuando me llegaban historias de que estaba con no sé qué DJ escandinavo que lo atiborraba de drogas y se lo llevaba a todas partes, de que tenía que venir a Moscú porque en Píter lo estaban buscando por haber “*tomado prestados*” objetos de gran valor, de que en Moscú

también lo empezaban a buscar. Un conocido me llamó para preguntarme dónde podía encontrar a Misha, al que tenía que localizar para que le devolviera una videocámara que había desaparecido después de su visita. Misha se pasó de la raya. Para la mayoría de la gente ya no era *beautiful* y los nubarrones acechaban sobre su cabeza.

La última vez que lo vi fue cuando me llamó y me pilló en un estado lírico-sentimental. Sin saber por qué, eché de menos a Misha y sus estúpidos cuentos. Dimos un paseo por la ciudad y me explicó que un día sus padres hicieron setas a la plancha y él las cambió por unas de las suyas, y después sus padres, y sobre todo su abuela, empezaron a flipar. “No entiendo lo que me pasa”, decía la anciana, “¡es como si yo fuera otra persona!”. Una historia más, seguramente falsa, iba de una amante rica a la que le gustaba el sexo anal y de cómo él la satisfacía. El mismo Misha se había dado cuenta de que a él también le gustaba el sexo anal. Me contó además que lo habían llamado para trabajar como modelo en Italia o España, y que se iría “lo antes posible”.

Compramos un par de botellas de champán y fuimos a casa de mi amiga la diseñadora Katya Leonovich, en el Sadovoye Koltso. La estaban entrevistando un par de periodistas muy pesados, a los que casi les da un soponcio al vernos aparecer. Ya borrachos de champán, empezamos a hacer cosas que no debíamos. Igual que el día en que nos conocimos, se enroscó a mí y dimos rienda suelta a la explosión de ternura y pasión en el cuarto de baño, donde yo, decidido, lo puse de rodillas y le metí mi polla en la boca. Él se entregaba con maestría al arte de chupar y lamer y, de vez en cuando, se detenía para mirarme a los ojos, de abajo a arriba, y me decía: “¡Por favor, no me dejes! ¡Te lo suplico!”. En aquel momento yo solo quería correrme, y hubiese prometido cualquier cosa con tal de hacerlo. Cuando todo acabó salimos del baño y nos unimos a los escandalizados periodistas. Misha se desnudó para enseñar sus tatuajes, y Katya le trajo uno de los modelos de la colección de ropa en la que estaba trabajando. Cuando Misha era el centro de atención resultaba tímido y particularmente encantador. Uno podía hacer con él lo que quisiera, como con una muñeca o un maniquí, tan maleable, obediente y pasivo.

La noche antes de marcharnos de Rusia –o mejor dicho, de huir, ya que tuve que esquivar una nueva causa penal–, a unas horas de tomar el avión, cuando Roberto y yo estábamos recogiendo frenéticamente nuestras cosas, irrumpieron en casa Monroe, su novio de sobrenatural belleza Ivan Tsarevich y el *medgermenev* Sergey Anufriyev. Monroe e Ivan habían alquilado un apartamento en el Arbat, a dos minutos de nuestra casa, y cuando no tenían dinero venían a comer por la cara. Tuvimos que dejar la maleta para el último momento y alimentar a nuestros hambrientos amigos artistas. Fue entonces, en nuestra última cena, cuando supe por Vladik que habían metido en prisión a Misha Beautiful por robo y posesión de drogas. Bromeamos sobre lo bien que iba a estar ahora Misha, sobre la intensa vida sexual que tendría en la cárcel y cosas por el estilo. Pero al igual que yo mismo coqueteaba con la idea de verme entre rejas, sabía que este era un asunto muy serio.

Para un homosexual que a menudo fantasea con el sadomasoquismo, la prisión a veces se presenta como un tentador paraíso de experiencias sexuales. Un lugar donde se hacen realidad los sueños más inconfesables. Estas ideas suelen proceder de las películas pornográficas de Cadinot, de los libros de Genet y del folclore sexual patrio. Es posible idealizar este tema y puede ser sugerente y atractivo, pero yo investigué en profundidad cómo era la vida de los homosexuales en las prisiones y en los campos de trabajo soviéticos. Sé muy bien lo que pasaba y sigue pasando ALLÍ con ellos, con los que son como yo y, sobre todo, como Misha Beautiful. Y no es relevante que el propio Misha no se considerase a sí mismo como un maricón.

La historia de su vida y muerte puede interpretarse, simplemente, desde un enfoque moralista: ¡Miren lo que hacen las drogas a las personas, y la homosexualidad, las fiestas, el parasitismo y la mala vida! ¡Empezó tonteando con las setas y vendiendo su cuerpo, y acabó en la cárcel entre presos! Pero también se puede entender al revés: ¡Qué lástima que no encontrase a un Michael Jackson en su vida, que hubiese podido salvarlo y llevarlo a su *Neverland* particular! ¡Qué lástima que ni Monroe, ni Timur Petrovich, ni P. ni yo mismo hubiésemos sido para él su Michael Jackson!